

LA MORALIDAD DEL CAPITALISMO *

R. M. Hartwell

I

El tema central de este artículo es la moralidad del capitalismo. (1) El capitalismo es un sistema socioeconómico que se caracteriza, desde el punto de vista institucional, por el predominio del mercado y de la propiedad privada, y, en términos de motivación, por el "incentivo de la ganancia", por el deseo y la voluntad del individuo de satisfacer en grado máximo sus necesidades. (2) En las sociedades capitalistas existe un gran respeto intelectual e ideológico por el individuo, y una fuerte protección legal a su persona y sus bienes. Las economías capitalistas son muy productivas y aseguran altos niveles de ingreso real a sus poblaciones. El capitalismo se desarrolló primero en Europa y se ajusta a la tradición sociopolítica de Occidente, que asigna un alto valor al individuo y a sus libertades. (3) Sin embargo, existen dos puntos de vista antagónicos acerca de su carácter y sus realizaciones. Tenemos, por un lado, a aquellos que admiran el capitalismo, no sólo por las actuales libertades y oportunidades que brinda al individuo sino también por la forma en que las ha incrementado hasta un nivel casi inimaginable en épocas pasadas. Por otro lado, a pesar de que este historial es evidentemente beneficioso, hay quienes critican al capitalismo por su ineficacia y su injusticia, al par que reivindican la superioridad del socialismo. El socialismo es un sistema socioeconómico que se caracteriza, desde el punto de vista institucional, por el predominio de la propiedad pública y la planificación y control absolutos de las actividades económicas por parte de una burocracia centralizada y, en términos de una motivación reiteradamente proclamada, por los ideales de igualdad y justicia. (4) En este ensayo nos ocuparemos precisamente de estos criterios contradictorios y trataremos de responder a las siguientes preguntas: ¿Qué es lo que caracteriza a una sociedad "buena" y "moral"? ¿Cuáles son los antecedentes históricos del capitalismo y del socialismo? ¿Cuáles son las principales críticas que se han formulado contra el capitalismo, y cuáles los argumentos invocados por los críticos? En este trabajo nos proponemos demostrar que el capitalismo es, por su naturaleza, más "moral" que el socialismo, porque se funda esencialmente en el respeto al individuo, y le brinda mayores oportunidades para satisfacer sus necesidades y estimular su desarrollo.

II

Características de una buena sociedad

¿Cómo se puede alcanzar una "buena calidad de vida"? Este interrogante, planteado ya por Aristóteles, preocupó a los hombres a lo largo de toda la historia. (5) ¿Cuál es esa "buena sociedad" en la que los seres humanos pueden gozar de una "buena calidad de vida"? ¿Qué organización política, qué sistema económico y qué normas sociales permiten al individuo lograr una buena calidad de vida? La política y la economía se ocupan del funcionamiento de las sociedades humanas, de las elecciones de objetivos

políticos y económicos y de los medios empleados para alcanzarlos. Sin embargo, las elecciones y los medios entrañan problemas morales, pues se trata de determinar qué es conveniente y qué es bueno, y sobre qué criterios se funda tal determinación. Puesto que los individuos discrepan acerca de lo que es "bueno" y de lo que conduce a una "buena calidad de vida", y resulta difícil o imposible conciliar estas diferencias, el problema se ha centrado, desde los griegos, en la autonomía del individuo como requisito necesario para que alcance esa "buena calidad de vida". Se considera que el individuo sólo puede lograr dicho objetivo en un entorno ideológico e institucional adecuado, un entorno en el cual los valores y oportunidades prevalecientes le permitan poner en práctica, con ciertas probabilidades de éxito, su propia idea de lo que constituye una "buena calidad de vida". Muy pocas sociedades, a lo largo de la historia, ofrecieron tales oportunidades a algo más que una pequeña minoría de su población. (6) La mayor parte de los pueblos han vivido sociedades en las cuales tenían muy pocas opciones, pues estaban limitados no sólo por la escasez de oportunidades en economías de baja productividad, sino también por la coerción ejercida por individuos situados en niveles superiores a los suyos dentro de la rígida escala jerárquica de la sociedad. La instauración de un mayor grado de libertad para el individuo asumió, en el curso de la historia, dos formas principales: primero, el ensanchamiento de la base económica de la sociedad, y segundo, la eliminación de los obstáculos a la libertad impuestos a los individuos por otros individuos, por instituciones, y por grupos de individuos. El desarrollo económico, por un lado, y el establecimiento de libertades legales, por el otro, proporcionan al individuo un mayor número de opciones. Cuando los hombres se liberan de las restricciones que impone el Estado y sus organismos, de la coerción de quienes gozan de un status superior y de las instituciones que controlan el comportamiento, y este proceso coincide con un crecimiento económico que brinda mayores oportunidades, se dan las condiciones para que se desarrolle una sociedad donde impera una mayor libertad individual de elección y de acción. Para el individuo, una "buena sociedad" es, según su visión personal, aquella en la cual puede pensar y actuar en forma independiente, de modo que las oportunidades que se le ofrecen le permitan llevar el estilo de vida que desee. Una "buena sociedad" sería, en gran medida, el resultado de la combinación de dos factores: la libertad política y la oportunidad económica.

¿Pero puede el individuo lograr sus objetivos independientemente? Los hombres tienen diferentes puntos de vista acerca de lo que es deseable o conveniente y, en consecuencia, persiguen metas diversas. Siempre ha habido opiniones divergentes y hasta irreconciliables respecto de lo que constituye una "buena calidad de vida". Dada esta divergencia de opiniones y la posibilidad de actuar de acuerdo con ellas, los actos independientes del individuo tendientes a satisfacer sus intereses personales conducen inevitablemente, por una parte, al compromiso, la cooperación y las asociaciones voluntarias, con lo cual el individuo concilia intereses antagónicos, y, por otra, a la competencia y el conflicto, cuando el individuo no coopera o es incapaz de hacerlo. Si es deseable que piense y actúe con independencia, y admitimos la pluralidad de opiniones acerca de lo que es deseable, entonces una buena sociedad no sólo permitirá la más amplia gama posible de opiniones y de estilos de vida, sino que tendrá también la

inventiva necesaria para crear instituciones, o permitir un "orden espontáneo", (7) capaces de refrenar las fuerzas potencialmente destructivas y los conflictos sociales. La medida de una sociedad libre está dada, hasta cierto punto, por su tolerancia a la asociación voluntaria; la medida de una buena sociedad, por su capacidad para refrenar conflictos perjudiciales para ella.

III

¿Qué se entiende por una sociedad moral?

No es fácil responder a esta pregunta. No existe ningún concepto de moralidad que sea universalmente aceptable. (8) La moralidad del Islam difiere considerablemente de la del cristianismo, y la justicia de las tribus primitivas no es igual a la del hombre occidental. La condición humana es tan diversa, tanto dentro de las sociedades como entre ellas, y en el curso del tiempo, que no existe ninguna norma de moralidad capaz de abarcar su realidad social. Hay muchas y diversas normas morales que son respetadas por diferentes pueblos y diferentes sociedades. Los criterios sobre la moralidad varían considerablemente incluso dentro de una misma sociedad. Para cualquier individuo en particular, la moralidad refleja no sólo las costumbres generales de la sociedad en que vive sino también, y lo que es con frecuencia más importante, el código ético de algún grupo o institución, una iglesia o un partido político al cual pertenece o se siente ligado razones de obediencia, fidelidad o simpatía. Por otra parte, las normas morales no son absolutas, ni para el individuo ni para la sociedad. La moralidad tiene un costo, y ese costo suele ser muy alto, especialmente si implica una coacción. El código moral de una sociedad, entonces, depende tanto de un sentido absoluto de moralidad como de las posibilidades de esa sociedad para asegurar el mantenimiento del orden y la observancia de la ley. La existencia de una sociedad moral, fundada en algunos principios básicos, entraña un problema presupuestario, e incluso las sociedades ricas encuentran a veces que el costo de imponer una determinada moral resulta demasiado elevado. Es lo que sucedió, por ejemplo, con el intento de "mejorar" la sociedad norteamericana prohibiendo el consumo de bebidas alcohólicas. El caso de las leyes prohibicionistas contra las bebidas alcohólicas ilustra también la dificultad de imponer una moral por la fuerza. A causa de la complejidad de las sociedades es poco realista creer que basta luchar contra un grave flagelo o una gran injusticia para alcanzar una utopía moral, o que la búsqueda de una sociedad más moral es una tarea fácil y sencilla. (9) Es difícil imaginar que un solo cambio o un pequeño número de cambios puedan transformar en moral una sociedad inmoral, cualesquiera que sean los criterios de moralidad imperantes. (10) Parece ingenuo pensar que puedan obtenerse cambios morales fundamentales por medio del manejo de la sociedad y de la puesta en vigor de las leyes pertinentes. El individuo debe internalizar el sentido moral para que éste pueda influir eficazmente en sus actos. El acatamiento de un código moral impuesto desde afuera es siempre prudencial, pero no implica necesariamente una conducta moral que goce de consenso.

Teniendo en cuenta estas características de la moral, es evidente, sin embargo, que ninguna sociedad puede funcionar sin ciertas normas de conducta, sin la vigencia de ciertos derechos individuales, sin un código de comportamiento que regule las relaciones entre los individuos, impuesto por la costumbre o por el Estado a través de reglas legales. Dichas reglas, que permiten a los hombres convivir con cierto grado de estabilidad y continuidad, constituyen algunas de las características esenciales de "una sociedad". Como ya hemos señalado, estas reglas difieren de una sociedad a otra, aunque sus contenidos suelen presentar cierta uniformidad en las distintas culturas. La civilización europea ha dado tanta importancia al individualismo y a la libertad que la historia de Europa ha sido calificada como la "historia de la libertad". (11) La concepción liberal europea tiene una larga tradición que se remonta hasta los griegos, la concepción de una sociedad de individuos libres, cada uno de los cuales tiene el derecho a pensar y actuar independientemente siempre que sus actos no atenten contra el derecho de otros individuos a gozar del mismo grado de autonomía. Según esta concepción, la sociedad moral es aquella que admite la primacía del individuo en la sociedad y permite la libre expresión y el desarrollo individuales, pero reconoce y procura resolver los conflictos de intereses implícitos en el comportamiento de individuos libres que actúan motivados por distintos valores, expectativas y ambiciones. La moral de esta sociedad se encarna en las costumbres y la ley, las cuales protegen al individuo y a sus bienes, controlan la agresión y solucionan las disputas.

Sin embargo, el liberalismo no es el único sistema social europeo que reivindica la moral como cualidad inherente a su propio ser. Por lo tanto, no es una actitud realista considerar la moralidad del individualismo liberal aisladamente, en especial cuando se lo critica invocando razones morales y se recomienda, en cambio, un sistema alternativo cuya moralidad sería presuntamente superior. Es factible comparar sistemas alternativos y sus implicaciones morales, así como sus posibilidades prácticas. Preferir un sistema alternativo, pero hasta ahora inexistente, basándose en su sentido ético superior puede ser espiritualmente estimulante, pero no parece práctico propiciar la instauración de otro sistema sin considerar cómo habrá de creárselo, cuánto costaría y qué instituciones serían necesarias para asegurar su funcionamiento.

Aunque no haya consenso sobre lo que constituye la moral, las propuestas de los sistemas alternativos pueden examinarse y compararse en función, no sólo de sus medios y objetivos declarados, sino también de sus respectivas realizaciones reales o potenciales. Desde un punto de vista práctico, la elección no debería efectuarse entre una sociedad ideal y una imperfecta, sino entre los medios alternativos tendientes a mejorar, en alguna medida, una sociedad imperfecta.

IV

¿Cuál es la lección de la historia?

Cuando se quiere evaluar el sistema capitalista, es preciso comenzar por examinar su historia. La historia revela el tipo de sociedad a partir del cual evolucionó el capitalismo, y la forma que éste asumió a lo largo de su desarrollo. El testimonio del pasado nos permite evaluar el capitalismo sobre la base de sus logros, sus fracasos y su moral. Una apreciación práctica de la historia del capitalismo asignaría, sin duda, gran importancia a sus realizaciones económicas. Mientras que a lo largo de la historia el destino del hombre había sido una dolorosa combinación de miseria, suciedad, enfermedades, ignorancia, hambre y muerte prematura, ese destino cambió espectacularmente en las economías capitalistas a partir del siglo XVIII. Después de un crecimiento económico lento y discontinuo, Inglaterra primero y luego otros países europeos empezaron a desarrollar rápidamente sus economías, al mismo tiempo que aumentaba de manera sustancial su número de habitantes. A medida que el mercantilismo daba paso al *laissez-faire*, las economías se iban liberando de los controles del Estado, lo cual tuvo efectos estimulantes y fructíferos sobre el esfuerzo, la inventiva y el espíritu de empresa. (12) Los empresarios, movilizando todas sus energías, transformaron la economía. A juzgar por su capacidad para producir bienes y servicios y para asegurar una creciente elevación del nivel de vida a poblaciones en constante crecimiento demográfico, (13) puede afirmarse que el capitalismo, con sus impresionantes realizaciones en escala masiva, ocupa un lugar único en la historia.

A juzgar por los beneficios que presta a la humanidad, evaluados de acuerdo con una amplia gama de criterios -expectativa de vida, mortalidad infantil, salud pública, vivienda, vestido y alimentos, alfabetización, educación, servicios culturales y recreativos, condición de la mujer, movilidad social, estándar de vida de la clase trabajadora, opción ocupacional, movilidad laboral, comunicaciones, tiempo libre-, el capitalismo parece ser un sistema pletórico de vitalidad y abundancia, en comparación con todas las sociedades anteriores y con todas las sociedades contemporáneas no capitalistas. Mientras que en las sociedades de otros tiempos, los bienes producidos -culturales o materiales- eran usufructuados por una pequeña minoría, los bienes producidos por el capitalismo moderno se distribuyen ampliamente, beneficiando a la mayor parte de la sociedad. La producción capitalista ha conducido al consumo masivo. Los espléndidos palacios y mansiones del pasado sólo eran patrimonio de un minúsculo porcentaje de una población cuyos miembros, en su gran mayoría, trabajaban la tierra, alejados de todo ese boato, anónimos y olvidados, pues vivían su breve existencia sumidos en niveles de vida infrahumanos y degradantes. El esclavo, el siervo, el trabajador agrícola, el artesano rural y el campesino, es decir, los miembros típicos y más numerosos de las sociedades de antaño, disponían de pocos bienes y de limitadas opciones de vida, condenados sin esperanza a una existencia miserable y a una inmovilidad casi absoluta, que sólo les aseguraba un mínimo nivel de subsistencia.

El capitalismo moderno había de rescatarlos de esta condición. Los beneficios del capitalismo, sin embargo, no eran únicamente materiales. El siglo XIX no sólo fue un siglo de libertad económica, sino también de creciente libertad política. (14) El capitalismo y la democracia marchaban juntos. El capitalismo no sólo demostró ser

materialmente productivo: sus efectos también fueron "reformadores" y "civilizadores". Algunos autores sostienen, en consecuencia, que el capitalismo y la libertad política son interdependientes y están esencialmente ligados en una provechosa asociación. Desde el punto de vista histórico, es posible describir dicha relación en dos formas: o bien, el surgimiento del liberalismo europeo, que culmina en la Revolución Francesa, dio a las poblaciones libertades cada vez mayores, incluyendo la libertad económica, la cual facilitó el advenimiento del capitalismo y el desarrollo económico moderno, o, alternativamente, el capitalismo, con su movilidad y su riqueza, posibilitó la aparición de nuevas clases que socavaron las bases de la privilegiada sociedad preindustrial y dieron lugar al desarrollo de formas de gobierno más democráticas. El capitalismo fue, por lo tanto, la causa o el resultado de una creciente libertad. En uno u otro caso, existe una relación muy estrecha entre ambos, ya que tanto la democracia como el capitalismo son expresiones de la elección y la libertad individuales. Si la "sociedad libre" fue el resultado de un largo proceso de evolución política, la "sociedad desarrollada" fue, sin duda, una consecuencia del establecimiento de economías capitalistas caracterizadas por un elevado y creciente nivel de productividad.

Sin embargo, cabría preguntarse por qué el historial del capitalismo ha despertado tanta hostilidad, mientras que el del socialismo, que registra logros inferiores, suscita tantas alabanzas. ¿Cuáles son las razones que invocan quienes, contra toda evidencia, critican al capitalismo? Antes de 1914, el capitalismo era una realidad y el socialismo un ideal, de modo que al comparar ambos sistemas debía contraponerse, por un lado, la realidad, con todos sus problemas concretos, y por el otro el ideal, con su promesa de futuras recompensas. Pero ahora el socialismo es también una realidad que debe evaluarse, razonablemente, sobre la base de sus realizaciones. ¿Produce el socialismo más riqueza que el capitalismo? ¿Distribuye la riqueza de manera más equitativa? ¿Brinda a sus poblaciones mayor número de opciones de vida? ¿Proporciona mayor libertad de pensamiento, de palabra, de prensa, de actividad política e industrial, de conciencia y de culto? ¿Son sus pueblos más felices, menos alienados, menos violentos, mejor educados y más cultos? ¿Las sociedades socialistas son menos codiciosas, menos egoístas y, por lo tanto, moralmente superiores? ¿Es el socialismo más justo, más equitativo y menos corrupto? ¿Es el socialismo mejor que el capitalismo, "mejor" en el sentido "moral"? Si diéramos a todas estas preguntas una respuesta favorable al capitalismo, sólo estaríamos señalando que el capitalismo es "mejor" que el socialismo, pero esto no significaría que el capitalismo es moral de acuerdo con algún criterio objetivo. Sin embargo, estas preguntas son interesantes desde un punto de vista práctico (saber, por ejemplo, en cuál de los dos sistemas preferiríamos vivir), pero las respuestas no resuelven definitivamente el problema de la moral del capitalismo. Éste podría ser mejor que el socialismo y ser, sin embargo, inmoral.

V

¿Por qué se plantea la disyuntiva "capitalismo o socialismo"? (15)

Cuando al comparar sistemas alternativos de organización social reducimos la elección a dos sistemas contrapuestos, capitalismo o socialismo, estamos simplificando, quizá, las verdaderas posibilidades disponibles. En el mundo real no hay ejemplos puros de capitalismo o socialismo, y todas las economías existentes contienen en sus estructuras elementos de uno y otro sistema. Existen sistemas mixtos que operan "exitosamente" y proclaman su superioridad respecto del capitalismo y del socialismo. Los críticos del capitalismo, sin embargo, sostienen que éste es básica e irremediablemente inmoral, y que ninguna modificación o reforma puede alterar esa característica fundamental. Se lo condena en nombre de un absoluto ético: la inmoralidad de la desigualdad, que es inherente a la naturaleza misma del sistema. El argumento, enunciado de manera negativa, se basa en que el capitalismo sería moralmente aceptable siempre que la desigualdad pudiera justificarse por razones morales, lo cual, se afirma, es imposible. De aquí que las recomendaciones destinadas a "reformular" el capitalismo tiendan a ser tan drásticas que, a la larga, sus instituciones esenciales -propiedad privada y economía de mercado- desaparecerían. Empero, la historia muestra que los cambios introducidos en el capitalismo que incorporan principios socialistas –dilución de los derechos de propiedad y regulación del mercado, p. ej.- tienden a ser acumulativos, y a medida que obtienen el apoyo de los grupos de interés que se benefician con dichas medidas, son difíciles de revertir. (16) En realidad, el camino al socialismo puede no tener retomo, como lo ilustra el ejemplo de los países socialistas. En las economías capitalistas del siglo XX se ha producido ya un cambio político significativo, que va de asegurar una esfera de no interferencia en los asuntos del individuo -una esfera de protección individual-, a establecer demandas sobre otros individuos, santificadas con el rótulo de derechos. En particular se hace hincapié en el "derecho a la igualdad" y a la "justicia distributiva" y, por lo tanto, en el traspaso coercitivo de la propiedad de un individuo a otro en nombre de la igualdad. (17)

No podemos predecir las consecuencias que estos cambios tendrán a la larga para el capitalismo, pero el capitalismo moderno difiere marcadamente del que existía en el siglo XIX, y persiste aún la controversia entre quienes califican dichos cambios de "camino hacia la servidumbre" y quienes los consideran como signos de un "capitalismo civilizador". El problema es importante, porque sea cual fuere la relación entre el capitalismo y la democracia, no cabe duda de que la coexistencia entre el socialismo y la democracia no es fácil. Los "verdaderos" países socialistas cercenan las libertades del individuo e incrementan el poder de la burocracia y del Estado. El capitalismo es tolerante con la crítica y, en consecuencia, estimula el cambio: el socialismo no tolera la crítica, y, en consecuencia, impide el cambio. Estos desarrollos ponen de manifiesto la naturaleza esencialmente incompatible de ambos sistemas y el carácter antagónico de las dos tendencias actuales del capitalismo: una de ellas propicia nuevos pasos hacia el socialismo (el papel cada vez más preponderante del gobierno), y la otra se inclina en favor de un retorno a un capitalismo de *laissez-faire* (reduciendo el papel del gobierno y aumentando la esfera de la iniciativa y la responsabilidad privadas). Y de este modo, la controversia entre capitalismo y socialismo se reduce a un problema práctico, que probablemente habrá de decidirse teniendo en cuenta, no los méritos intrínsecos del

capitalismo versus el socialismo, sino las ventajas de un incremento del socialismo versus el retorno a un capitalismo fortalecido. Esto es lo que da al debate gran importancia práctica. Con frecuencia, las razones invocadas para preferir el socialismo al capitalismo son negativas: el rechazo del capitalismo, más bien que la preferencia explícita por el socialismo. Se examina, critica y rechaza el sistema capitalista existente, mientras que suele aceptarse el socialismo como una elección residual, sin someterlo a un análisis crítico y exhaustivo.

VI

¿Cuáles son las críticas al capitalismo?

La hostilidad hacia el capitalismo está muy generalizada y profundamente arraigada entre los intelectuales, y en el extremo más radicalizado se le atribuyen todos los males, injusticias y frustraciones del mundo moderno. (18) Este ataque contra el capitalismo se centra en tres críticas básicas que giran en torno a la eficiencia, la calidad de vida y la moral. El capitalismo es económicamente insuficiente porque, según se afirma, no es capaz de hacer frente a algunos de los problemas económicos más importantes; crecimiento en el largo plazo, sucesión de ciclos de prosperidad y depresión, grandes conmociones exógenas (como los desastres naturales y la guerra), externalidades, bienes públicos y males públicos (como la educación y la contaminación). El capitalismo crea una sociedad visual y espiritualmente ofensiva, tanto en sus artefactos como en su calidad de vida y artículos feos y vulgares, condiciones de trabajo y de vida -en las fábricas y villas miseria- desagradables e insatisfactorias. El capitalismo es inmoral porque la economía de mercado esencial para su funcionamiento recompensa en forma irregular, creando desigualdad e injusticia.

Estas críticas son muy graves, y las tres merecen un detenido análisis. En este artículo, sin embargo, me interesa principalmente la afirmación de que el capitalismo es inmoral. Esto no implica, que esta crítica sea la más importante, ni que dichas críticas puedan considerarse aisladamente; no cabe duda de que son interdependientes y conflictivas entre sí. Aquellos que juzgan un sistema económico por su eficiencia, por ejemplo, pueden considerar que la ineficiencia no sólo limita el crecimiento de la producción, sino también el potencial humano, lo cual es inmoral. Según la opinión de muchos críticos, la moral es siempre la prueba decisiva. Si la reducción de la desigualdad también reduce la eficiencia, ésta se resiente. Si la producción de artículos de alta calidad sólo es absorbida por los sectores de mayores ingresos, como ha sucedido con tanta frecuencia a lo largo de la historia, dichos artículos no deberían fabricarse porque favorecen la desigualdad. Corregir una ineficiencia que crea mayor desigualdad es una inmoralidad. (19) La moral es siempre más importante que la eficiencia y debe privar sobre ésta, independientemente de su costo. Pero incluso si aceptamos este punto de vista sobre la desigualdad social, toda consideración práctica de un sistema alternativo, o de medidas que modifiquen los sistemas basándose en principios morales, debe reconocer y estimar los "trade-offs" implícitos. Resulta difícil refutar una crítica al capitalismo que ignora estos "trade-offs" y

adopta la forma de un absoluto moral de indiscutible validez, en especial cuando implica el razonamiento complementario de que quienes defienden el capitalismo a pesar de su inmoralidad están moralmente cegados, o son egoístamente perversos, de modo que sus argumentos son cuestionables y deben rechazarse de plano.

Los críticos del capitalismo se ven fortalecidos, no sólo por el convencimiento de su superioridad moral, sino también por la incapacidad de los defensores del capitalismo de justificarlo, moral o históricamente, con confianza y convicción. A decir verdad, después de la declinación (nunca adecuadamente analizada por los historiadores) de la "ética del capitalismo" -la ética que asociaba el esfuerzo económico a la virtud moral, y el éxito a la virtud recompensada (20)-, el capitalismo pareció casi indefenso frente a sus críticos. Su defensa ha sido débil y, por añadidura, se ha producido una retirada apologética que entraña la aceptación de las críticas y una conformidad casi culpable con las acusaciones de inmoralidad e injusticia. La religión contribuyó a intensificar estos sentimientos de culpa a medida que las iglesias cristianas asumieron una posición contraria al capitalismo. Para el historiador, la actual actitud de la Iglesia plantea una paradoja. ¿Por qué lo que una vez fueron virtudes económicas, morales, sociales y cristianas -en particular, por una parte, los actos tendientes a la adquisición y acumulación y, por la otra, la aceptación de la responsabilidad individual-, se han convertido ahora en vicios morales reprobables, o bien en actos que usurpan la autoridad y las obligaciones del Estado? ¿Por qué la Iglesia condena hoy lo que elogiaba en otros tiempos? ¿Por qué el empresario capitalista se disculpa ahora por lo que en otra época proclamaba orgullosamente? Si se repitiera el caso del famoso Rip van Winkle, y un capitalista del siglo XVIII despertara en nuestros días de su largo sueño, pensaría que el mundo se ha convertido en una forma de satanismo económico, y esta reacción se vería fortalecida al descubrir la complacencia con que el mundo moderno juzga algunos vicios de antaño.

Según los críticos, hay por lo menos seis características que hacen del capitalismo un sistema inmoral:

- 1) El capitalismo conduce a una disparidad de oportunidades y recompensas, a una injusta desigualdad en la distribución.(21)
- 2) El capitalismo responde a motivaciones no éticas y socialmente indeseables -codicia, egoísmo-, al mismo tiempo que las estimula. (22)
- 3) El capitalismo produce bienes destinados a los consumidores, sin tener en cuenta la calidad de dichos bienes, ni el efecto social que ejercen sobre el consumo. (23).
- 4) El capitalismo destruye los vínculos humanos éticamente deseables al relacionar exclusivamente a la gente por medio del "nexo del dinero". (24)

5) El capitalismo desacredita la costumbre y la tradición, debilitando instituciones humanas consagradas como la familia, alienando a los individuos y privándolos de sus raíces y su paz interior. (25)

6) El capitalismo restringe las oportunidades de vida, trabajo y bienestar, limitando de este modo la libertad del individuo. (26)

Estas críticas se apoyan en hechos y argumentos que, una vez sometidos a un detenido examen, demuestran ser aserciones infundadas o controvertibles. En este ensayo sólo podremos analizarlos en forma sucinta.

¿Puede afirmarse que la desigualdad es intrínsecamente inmoral? La naturaleza dota a los individuos con diferentes atributos. Desde el momento mismo de nacer, los seres humanos son desiguales. La desigualdad es una característica universal de la condición humana y, en gran medida, es irremediable. ¿Son inmorales el talento y la belleza? ¿El capitalismo es impulsado únicamente por el egoísmo y la codicia? En el ámbito económico, ¿no son los móviles de los individuos variados y complejos, no se relacionan acaso, tanto con el bienestar del prójimo (p. ej. , la familia y los amigos), como con los propios intereses personales? Si el afán adquisitivo beneficia finalmente a otros, ¿cuál es entonces su status moral? ¿El capitalismo produce bienes sin tener en cuenta su calidad o sus efectos? ¿La crítica a estos bienes no implica frecuentemente una desaprobación encubierta de los gustos de otras personas? ¿Con qué criterios puedo juzgar yo las preferencias de mi vecino? La gente compra de acuerdo con sus gustos y con los precios relativos de los productos. El consumidor puede preferir mayor cantidad de artículos de inferior calidad y menor precio a menor cantidad de artículos de mejor calidad y mayor precio. Sea como fuere, la calidad es un concepto ambiguo que sugiere cierta superioridad social. ¿Es verdad que existían relaciones humanas más armónicas y satisfactorias en las sociedades precapitalistas, o que el mismo fenómeno se observa hoy en las sociedades no capitalistas? El capitalismo ha reemplazado el "status" por el "contrato". Las sociedades que privilegiaban el status se caracterizaban por la extrema dependencia y servidumbre de la mayoría, y por la autoridad y el poder de la minoría. Las obligaciones estaban firmemente establecidas de acuerdo con una jerarquía social cuyas responsabilidades hacia las clases superiores estaban definidas más claramente y se cumplían con más eficacia que las responsabilidades hacia las clases inferiores. ¿El capitalismo desvaloriza necesariamente la costumbre y la tradición? En verdad no se ha demostrado que la tradición se haya debilitado, que el capitalismo sea responsable de ello y que, de todos modos, tal debilitamiento resulte perjudicial para la sociedad. ¿Ha debilitado el capitalismo a la familia por el hecho de que la condición de la mujer haya mejorado en el mercado laboral, y, de ser así, es esto indeseable e inmoral? ¿No se ha debilitado más la familia porque el Estado ha asumido muchas de las funciones inherentes a la institución familiar (p. ej., el cuidado de los ancianos)? Y, por último, ¿puede afirmarse seriamente que el capitalismo reduce las opciones? ¿Acaso las oportunidades y los productos que ofrece al consumidor no son más variados que los que existían en épocas pasadas, o los que existen hoy en los países neocapitalistas?

Sabemos que nuestras sucintas respuestas a problemas tan complejos no desbaratarán las críticas firmemente arraigadas ni convencerán a quienes se aferran a sus opiniones con inmovible fervor moral. Pero aun ante esta evidencia, ¿el espectador objetivo no debería considerar con escepticismo las imputaciones de inmoralidad tan generosamente prodigadas al capitalismo por sus críticos? Por otra parte, si estos críticos sólo actúan movidos por su fervor moral o por un sentimiento de indignación, ¿acaso es posible que sus críticas sean objetivas? La pasión es mala consejera de la objetividad. Empero, ¿no tienen todas esas críticas, una motivación más compleja?

VII

¿Son objetivos los críticos del capitalismo?

No hay duda de que algunos críticos del capitalismo están motivados sólo por principios morales, pero es igualmente cierto que hay otros cuyas críticas obedecen a una serie de motivaciones de dudosa estatura moral. Es difícil probar la existencia de dichas motivaciones, que sólo pueden inferirse de la observación de las conductas. En esta sección nos ocuparemos del grupo más persistente y ruidoso de críticos, el de los intelectuales, cuyos dichos y escritos sobre el capitalismo tienen una influencia que trasciende el ámbito de las bibliotecas, las salas de conferencias y los medios de comunicación masiva donde trabajan." En este grupo pueden identificarse seis tipos de "motivaciones" no morales: envidia, pereza, interés personal, utopismo, historicismo e hipocresía. Los argumentos críticos basados en la moralidad y la eficiencia son afectados por ideas y motivaciones que muestran una curiosa mezcla de ingenuidad, racionalización y falsa apariencia de moralidad. Más sorprendente aun es la capacidad de estos críticos para ignorar o desechar hechos y argumentos que contradicen o refutan sus afirmaciones.

De todas las motivaciones no morales, la menos atrayente es probablemente la envidia. (28) La envidia no es un sentimiento noble: es, por el contrario, un sentimiento perturbador que engendra ira, resentimientos e insatisfacción. Por consiguiente, ejerce efectos destructivos. En gran medida es artificial: se desarrolla y se nutre por medio de una masa de información que hace hincapié en la desigualdad y en su presunta injusticia. Esta información suele ser difundida por intelectuales que invariablemente extraen de ella serias conclusiones morales. Si la envidia, reverso de esa antigua virtud que es la humildad, siguiera en cambio otros cauces, se orientaría hacia el respeto por la realización personal y el incentivo de la ambición, hacia la competencia sana y fructífera; pero en el caso de los críticos del capitalismo sólo estimula la idea de que las realizaciones personales son el resultado de una injusta desigualdad, de la astucia o de la suerte, y no de la virtud y el esfuerzo que podrían justificar la desigualdad de las recompensas. Estimula también la creencia de que este estado de cosas no puede remediarse mediante el esfuerzo individual, y que sólo el Estado puede modificarlo. El remedio lógico para la envidia sería, por supuesto, igualarnos a todos.

En nuestro contexto, la pereza describe tanto la actitud de aquellos que aceptan incondicionalmente las críticas al capitalismo, es decir, la pereza intelectual, como la de quienes son renuentes a hacer una elección, a aceptar la responsabilidad de la elección, esto es, la pereza de asumir esa responsabilidad. En el mejor de los casos, esta última puede ser considerada como una reacción razonable ante las dificultades de la vida, y un prudente deseo de evitar dichos riesgos: se la racionaliza, sin embargo, haciendo de ella un sentimiento anticapitalista y un argumento que favorece la toma social de decisiones por encima de la individual, la superioridad de la elección colectiva por encima de la individual, porque presuntamente trasciende el egoísmo personal en interés del “bien común”. Al no aceptar la responsabilidad de la elección, sin embargo, el individuo reduce su capacidad de elegir, elude la Responsabilidad de actuar, transfiriéndola a otros, y de este modo favorece la concentración del poder y cercena la libertad individual. (29)

El interés personal motiva a buena parte de los críticos del capitalismo, que lo atacan en la esperanza de cambiar o reformar el sistema para beneficiarse incrementando su nivel de ingresos o su poder. (30) Los intelectuales, por ejemplo, consideran que la sociedad capitalista no los recompensa como se merecen y que, en consecuencia, las retribuciones que ofrece a los empresarios y ejecutivos son injustas e inmerecidas. Los intelectuales tienen el convencimiento de que sólo ellos son capaces de dirigir a la sociedad con equidad y eficiencia debido a su superioridad intelectual y a sus elevados principios morales. Sus críticas, por lo tanto, les aseguran un lugar bajo el sol, porque la historia les enseña que los intelectuales siempre salen ganando con el socialismo, ya que pasan a formar parte de la élite gobernante.

El utopismo estimula a idealistas y revolucionarios por igual en su búsqueda de una visionaria edad de oro que, según se predice, nacerá en el fragor de la revolución purificadora, corrigiendo todos los males y creando una sociedad justa y buena. Este sueño no sólo es irreal, sino que pasa por alto el verdadero costo de la revolución en términos de sufrimiento humano, al afirmar que el fin siempre justifica los medios, por crueles e inhumanos que sean. Sin embargo, la historia nos muestra que las revoluciones son generalmente sangrientas y que las utopías no existen. (31)

El historicismo, es decir, la creencia en que el curso de los acontecimientos históricos está determinado por leyes inmutables o pautas cíclicas, es igualmente irreal. (32) Según esta concepción, la historia es como un teatro de títeres, en el que los hombres, desprovistos de libre albedrío y sin posibilidades de actuar en forma independiente, son autómatas atrapados en una red de fuerzas sociales incontrolables. De acuerdo con la teoría marxista de la inevitabilidad histórica -sumamente popular entre los intelectuales-, el capitalismo está condenado a desaparecer y el individuo nada puede hacer contra las fuerzas de la historia. Sin embargo, esta concepción negativa de la humanidad no se ajusta a la realidad histórica, con su rica galería de personalidades que han sobresalido por sus realizaciones a lo largo de todas las épocas.

La hipocresía es el rasgo más deleznable de quienes critican al capitalismo, especialmente cuando "toman la moral a la ligera", (33) es decir, cuando critican al capitalismo sin ningún temor a las consecuencias personales que pueda acarrearles, cuando lo critican impunemente desde la seguridad de sus empleos que, según racionalizan los críticos, garantizan su objetividad. Dichas críticas no implican costo alguno para quien las formula, aunque el costo social infligido a los demás puede ser muy alto. El intelectual rara vez debe rendir cuenta de sus ideas de manera que implique un costo real para él. Resulta paradójico que la mayoría de los críticos del capitalismo sean beneficiarios del mismo sistema que es blanco de sus ataques, ya que les garantiza el ejercicio de la libertad de crítica sin censura. El crítico típico es un intelectual de clase media que goza de un buen nivel de vida, tiene intereses o pretensiones culturales y materiales y se preocupa de palabra por las reformas sociales. Quizás haya cierta autenticidad en la actitud de estos críticos, pero cuando se los juzga no por las palabras, sino por los hechos, no cabe duda de que hay en ellos una buena dosis de hipocresía.

Es interesante especular sobre la moralidad de aquellos críticos del capitalismo que actúan impulsados por las motivaciones mencionadas, pero cuyas críticas se basan en la fuerza de sus argumentos, y no en sus motivaciones subyacentes. Empero, el interés personal y el dogmatismo pueden inducirlos a equivocar el camino, alejándolos de la objetividad. De ahí la necesidad de ser cautos con los críticos, y en especial con los intelectuales, cuya pasión por la moralidad, proclamada tan ruidosamente, oculta un acentuado interés personal y una buena cuota de fariseísmo, y cuya interpretación de la historia suele ser historicista y apocalíptica. Es posible que una persona se indigne por una cuestión moral sin perder su objetividad, pero es más probable que la indignación moral influya sobre la imparcialidad de sus juicios. Lo mismo ocurre con los individuos que actúan bajo el influjo de la envidia, o incluso de la pereza. Pero cabría preguntarse si aquellos que elogian el capitalismo no están influidos en sus juicios también por el interés personal. (34) Esto depende, sin duda, del conjunto de motivaciones que inspiran sus críticas o sus elogios. El egoísmo, la envidia y la pereza constituyen una formidable barrera contra la objetividad; pero, ¿el interés personal, la ambición y la energía representan acaso la misma amenaza? Es más probable que quienes elogian al capitalismo actúen motivados por la ambición que por la envidia, por la laboriosidad que por la pereza, por la creencia en el libre albedrío y la responsabilidad individual que por la creencia en la inevitabilidad histórica, por un sentido de realidad que por sueños utópicos, por el optimismo acerca de la condición humana que por el pesimismo, por un interés personal manifiesto que por una hipócrita apariencia de moralidad. Es verdad también que los críticos del capitalismo obedecen a motivaciones que en un tiempo eran reprobadas y ahora se consideran respetables. Esto resulta evidente sobre todo cuando se elude la responsabilidad individual alegando que los actos individuales están determinados socialmente y son inevitables; el individuo no es, y no debe ser, responsable de sus actos. Éste es un ejemplo de la transformación de la "antigua moralidad" del esfuerzo propio y la responsabilidad individual en la "nueva moralidad" de la dependencia. El capitalismo, que deja la moralidad en manos del individuo, es

inmoral : el socialismo, que pone la moralidad en manos de la sociedad, es moral. Pero, ¿es inmoral el capitalismo?

VIII

Por qué es moral el capitalismo

La institución fundamental del capitalismo es el mercado. El principio fundamental del capitalismo, en función de sus protagonistas, es la independencia del individuo, su libertad de acción y de pensamiento como base de la política económica. La moral del capitalismo reside en la importancia que asigna al individuo, a la protección de su autonomía, la estimulación de sus aptitudes, la satisfacción de sus necesidades, el fomento de su desarrollo y la defensa de sus libertades. El espíritu del capitalismo es idéntico al de "Los derechos del hombre": "Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos [...]. Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona [...]. Toda persona tiene derecho a la propiedad individual [...] y a perseguir y alcanzar la felicidad y la seguridad". El capitalismo estimula el desarrollo del individuo, proporcionándole una amplia gama de opciones de vida que le permiten poner a prueba sus aptitudes, e incitándolo a hacer uso de esas aptitudes mediante el incentivo de las recompensas que otorgan el esfuerzo, la capacidad y la inventiva. En cualquier sociedad, las opciones y las recompensas dependen de la riqueza y de las instituciones sociopolíticas. Las economías capitalistas son las más ricas del mundo, tienen el más alto estándar de vida, y aseguran la mayor división del trabajo y la gama más amplia de elecciones de vida. Asimismo, sus instituciones sociopolíticas imponen al individuo menos restricciones y controles arbitrarios que otros tipos de sociedad, y le brindan mayor libertad de acción. El capitalismo va unido casi siempre a la libertad; el socialismo, invariablemente, al autoritarismo. Las libertades del capitalismo fueron especialmente importantes para la clase trabajadora, que por primera vez en la historia tuvo la posibilidad de prosperar tanto política como económicamente. (35) Sin embargo, la combinación de incentivos, oportunidades y recompensas que ofrece el capitalismo a través de la economía de mercado conduce a la desigualdad distributiva, la cual proporciona a los críticos -del capitalismo los argumentos emocionalmente más atractivos, y a los que recurren con más frecuencia. Cuanto mayores son las oportunidades disponibles y más ampliamente son distribuidas, tanto mayores serán las posibilidades de que se desarrollen y recompensen las naturales diferencias de aptitudes, lo cual acentúa la desigualdad distributiva. La economía de mercado conduce tanto al desigual desarrollo del individuo como a la desigual distribución de la riqueza. Esto plantea un difícil problema para los críticos que reclaman la igualdad y el incremento de las oportunidades para el desarrollo individual, porque el proveer estas oportunidades trae aparejada, precisamente, una desigualdad en las recompensas. Los críticos responden a este planteamiento diferenciando las aptitudes en "deseables" e "indeseables", y sostienen que las recompensas deben fijarse de acuerdo con alguna escala social que determina lo que es "deseable", y no de acuerdo con las leyes del mercado. (36). Aprueban, por ejemplo, que el talento artístico sea retribuido generosamente, pero, al mismo tiempo,

desaprueban que el mercado recompense con igual prodigalidad el talento de los gerentes o los empresarios, porque consideran que ello es inmerecido e inmoral. Resulta fácil percibir en tales actitudes la hipocresía y la envidia de los individuos culturalmente superiores que no han logrado éxito en la vida.

La defensa de la desigualdad de las retribuciones se basa en la conveniencia de estimular tanto el desarrollo individual, vinculando el esfuerzo con la recompensa, como la libertad de elección individual en el campo laboral. Pero la elección es deseable y conveniente en sí misma. J. Stuart Mill sostenía que el ejercicio de la elección era esencial para el pleno desarrollo del individuo: "Verse impedido de hacer lo que uno quiere, o de actuar de acuerdo con lo que considera conveniente, no sólo es irritativo sino que siempre tiende, por tanto, a afectar, en cierta medida, el desarrollo de las facultades mentales o corporales, ya sean sensitivas o activas; y a menos que la conciencia del individuo acompañe libremente las restricciones legales, participará en mayor o menor grado de la degradación de la esclavitud".(37) A lo largo de casi toda la historia, la facultad de elegir estuvo circunscripta a una poderosa minoría, mientras que la esfera de actividad de la mayoría servil era tan restringida que prácticamente no necesitaban hacer elecciones conscientes de cierta magnitud o importancia. La vida estaba limitada y determinada por la costumbre y la obligación. El capitalismo condujo, sin embargo, a la proliferación de bienes y ocupaciones, y a la necesidad del individuo de elegir entre las diferentes oportunidades que se le ofrecían. La economía de mercado obligó a los hombres a elegir, y la elección trajo aparejada una amplia diversidad no sólo de bienes, sino de desarrollo, responsabilidad y retribución individuales. Esta diversidad es, indudablemente, un índice del éxito del capitalismo. Cercenar esta posibilidad de elección reemplazándola por una economía planificada y dirigida desde el poder central significaría reducir, sin duda, el papel del individuo en la sociedad. En las sociedades que restringen la libre elección de bienes y empleos, también se pone límites a las ideas y la libertad intelectual. La falta de libertad económica en las sociedades socialistas va acompañada por la falta de libertades políticas y culturales. Una de las más importantes es la libertad de crítica, que tan ampliamente se ejerce en la sociedad capitalista. Bajo el socialismo, en cambio, no se puede criticar al sistema; el crítico se convierte en un "desviado" social, un disidente.

El crítico del capitalismo nunca se muestra menos realista que cuando intenta comprender las motivaciones humanas. La creencia en que el desarrollo individual no está relacionado con la retribución, y que los individuos luchan por desarrollar sus aptitudes sin interesarse por la recompensa al esfuerzo, y por el éxito, no sólo es poco realista, sino ilusoria. Una buena sociedad es aquella en la que el individuo puede desarrollar plenamente el potencial de sus capacidades innatas, siempre que ese desarrollo no perjudique a los demás. Si no se estimula vigorosamente ese potencial, o se le ponen rígidas trabas, el individuo y la sociedad sufren las consecuencias. La capacidad creadora, en particular, se da raras veces, y constituye el principal motor que impulsa el progreso de la sociedad. Si la desigualdad distributiva es el precio que hay que pagar para alimentar el talento creativo, vale la pena entonces afrontar dicho costo. ¿ Por qué, en verdad, sería inmoral recompensar el talento? Ya hemos examinado el problema básico

de definir lo que es moral. La disyuntiva práctica que enfrentan las democracias es la de aceptar "las injusticias fortuitas del mercado" a "la justicia impuesta de la burocracia". Sin embargo, la economía de mercado que caracteriza al capitalismo, si bien puede generar algunas injusticias, tiene una gran fuerza productiva y ofrece múltiples ventajas al individuo, Por el contrario, el sistema burocrático del socialismo es menos productivo e impone arbitrarias limitaciones a la elección individual, con la consiguiente paralización del desarrollo individual. Como afirmó J. S. Mill: "La gente conoce sus propios asuntos y sus propios intereses, y cuida de ellos mejor que lo que lo hace, o se espera que lo haga, el gobierno. Esta máxima mantiene su vigencia durante la mayor parte de nuestra vida, y siempre que sea válida debemos condenar toda intervención gubernamental que entre en pugna con ella". (38) La moralidad del capitalismo reside en que permite al individuo dirigir sus propios asuntos de acuerdo con su propio interés personal.

* Trabajo original para *Libertas*.

(1) No es fácil encontrar estudios serios sobre un tema dominado por la ideología y la retórica. El mejor análisis es el de H. B. Acton, *The Morals of Markets: an Ethical Explanation*, Londres, 1971. Hay algunos trabajos más polémicos, como, por ejemplo, *The Moral Basis of Capitalism. Three Essays*, by Irving Kristol, Paul Johnson, Michael Novak, American Enterprise Institute, reproducido en el N° 115, 1980; E. van den Haag (ed.), *Capitalism: Sources al Hostility*, North Rochelle, 1979.

(2) Los historiadores han mostrado una extraña renuencia a definir el capitalismo. Cuando W. Sombart escribió sobre el capitalismo en *la Encyclopedia of the Social Sciences* (New York, Macmillan, 1930), señaló que "no puede decirse que alguna vez se haya intentado dar una definición bien clara del capitalismo". Por lo general, los economistas ni siquiera utilizan este término, de modo que son principalmente los historiadores socialistas y marxistas quienes han definido el capitalismo con más detenimiento. Para un estudio detallado del problema de la definición véase R. M. Hartwell, "The Origins of Capitalism: a Methodological Essay", en S. Pejovitch (ed.), *Philosophical and Economic Foundations of Capitalism*, Lexington, 1983.

(3) Véase, por ejemplo, la frase inicial del libro de W. H. McNeill, *The Shape al European History*, Oxford University Press, 1974: "La historia de Europa es la historia de la libertad". Y, como señala L. Dumont (*From Mandeville to Marx*, University of Chicago Press, 1973), de todas las grandes civilizaciones mundiales, sólo la europea favoreció el individualismo y la libertad.

(4) Esta definición concuerda de alguna manera con la que dimos antes sobre el capitalismo, ya que define un sistema económico, por una parte, en función del método que adopta para resolver el "problema económico" (es decir, las instituciones que determinan la distribución y asignación de los recursos) y, por otra, en función de sus características distintivas (es decir, la motivación y los valores asumidos en el funcionamiento de esas instituciones).

(5) Aristóteles sostiene en *Política* y en *Constituciones* que la forma que reviste la asociación política en una sociedad determina la posibilidad de una "buena calidad de vida". Una "buena calidad de vida" es aquella en la que el individuo no está sujeto a reglas arbitrarias, la Constitución y la observancia de la ley rigen para todos los ciudadanos, incluidos los reyes y los ciudadanos tienen el derecho de elegir a sus gobernantes y de exigirles que rindan cuenta de sus actas de gobierno. Para un reciente estudio véase R. C. Solomon, *Morality and the Good Life*, New York, 1984.

(6) En la mayoría de las sociedades a lo largo de casi toda la historia, el Poder y la riqueza se concentraron en manos de una minoría. A partir del año 1500 aproximadamente, sólo en Europa dicha concentración se fue atenuando, y hubo que esperar hasta el advenimiento de la Revolución Industrial del capitalismo moderno para que sufriera un cambio radical. Si comparamos, p. ej. , la Inglaterra de los años 1400 y 1900, no sólo observamos una mayor dispersión de la riqueza, sino que con respecto a la libertad de elección en materia de cultura, política y economía, la mayoría de los ingleses estaban sometidos en 1400 a una gran coerción, mientras que en 1900 eran ciudadanos libres en una sociedad libre que les permitía actuar en ámbitos y situaciones que en épocas pasadas les estaban vedados (practicar su religión libremente, expresar opiniones, formar partidos políticos, buscar empleo, emigrar, disponer de sus bienes a voluntad, etc.). En 1900, la coerción del Estado era menor, los vestigios del feudalismo habían desaparecido y la Iglesia había perdido parte de su poder.

(7) Adam Smith tuvo la gran intuición de reconocer el "orden espontáneo" del mercado, y de comprender los efectos perjudiciales de la interferencia del gobierno en el mercado. Las reformas legales introducidas en Europa en el siglo XIX, por lo menos hasta 1870, facilitaron el funcionamiento del mercado, sea eliminando las restricciones (v. gr., la reforma tarifaria), sea creando instituciones que permitieran un funcionamiento más eficaz del mercado (v. gr., el patrón oro).

(8) Para un excelente análisis sobre la relatividad de los principios morales, véase J. Mackie, *Ethics: Inventing Right and Wrong*, Penguin Books, 1977.

(9) Sin embargo, la búsqueda de utopías parece ser una característica endémica de la humanidad. Para un estudio fascinante sobre las tentativas realizadas a lo largo de la historia para construir sociedades perfectas, véase J. Passmore, *The Perfectibility of Man*, Londres, 1970.

(10) También está difundida la idea de que los males de la sociedad tienen una sola causa, y de que su eliminación conducirá a una sociedad buena y justa. Un buen ejemplo es la "plusvalía" como origen de todos los males económicos, y el impuesto a ella como remedio para todos esos males. Un ejemplo más siniestro es el antisemitismo, la teoría de que un grupo étnico es la principal causa de los males que existen en el mundo. La hostilidad hacia el capitalismo y los capitalistas comparte también esta característica: la abolición de la propiedad privada de los medios de producción dará por resultado la eliminación de casi todos los problemas sociales.

(11) Véanse, por ejemplo, H. J. Laski, *The Rise of European Liberalism*, Londres, 1936, y B. Croce, *History as the Story of Liberty*, Londres, 1949.

(12) No existe consenso sobre las causas de la revolución industrial, pero la opinión de los contemporáneos atribuyó gran importancia al cambio de una economía regulada a una economía libre de mercado, del mercantilismo al laissez-faire. Adam Smith expresó enérgicamente sus argumentos a favor de una economía basada en el laissez-faire en *The Wealth of Nations*. De manera análoga, en el siglo XIX, la interpretación de la historia por parte de los Whigs (partido liberal), postulada en especial por Macaulay, atribuía el éxito alcanzado por los ingleses a los cambios políticos y jurídicos resultantes de la revolución de 1688. A pesar de las críticas, la adecuación de las instituciones inglesas a los cambios económicos de la revolución industrial nunca fue cuestionada con éxito.

(13) El tema del nivel de vida durante el primer siglo de la revolución industrial ha dado lugar a un amplio y cáustico debate. Véanse, por ejemplo, A. J. Taylor (ed.), *The Standard of Living in England during the Industrial Revolution*, Londres, 1975, y B. Inglis, *Poverty and the Industrial Revolution*, Londres, 1971.

(14) Es indudable que históricamente ha sido estrecha la relación entre el capitalismo y la libertad. Los siglos que prepararon el camino para el advenimiento del capitalismo industrial vieron la aparición de una serie de libertades (véase la nota 6). La libertad económica surgió en una sociedad en la que había también un mayor grado de libertad en todas las actividades humanas, lo cual indica la existencia de una compleja relación entre diversas libertades, incluidas la libertad económica y la libertad política.

Véase F. A. Hayek, *The Constitution of Liberty*, University of Chicago Press, 1960.

(15) Este problema rara vez se plantea en forma tan explícita, pero véase A. C. Pigou, *Socialism versus Capitalism*, Londres, 1937.

(16) El crecimiento de los gobiernos en las democracias del siglo XX y el correspondiente crecimiento de los intereses públicos en comparación con el de los intereses privados parece ser irreversible. “Nada es tan raro como un gobierno que se achica”, escribió Warren Nutter en *Growth of Government in the West*, American Enterprise Institute, 1978. La amenaza a la libertad planteada por el crecimiento de los gobiernos inspiró la famosa polémica de F. A. Hayek, *The Road to Serfdom*, University of Chicago Press, 1944.

(17) Isaiah Berlin formuló en *Two Concepts of Liberty*, Oxford University Press, 1958, la famosa distinción entre libertad positiva (libertad para) y libertad negativa (liberarse de).

(18) La hostilidad de los intelectuales hacia el capitalismo es un fenómeno sociológico que pocas veces ha sido objeto de un examen serio; pero sobre este tema pueden consultarse dos ensayos clásicos: uno de Hayek sobre las razones de esa hostilidad, y otro de Schumpeter sobre las consecuencias de la hostilidad: F. A. Hayek, *Studies In Philosophy, Politics and Economics*, University of Chicago Press, 1967, cap. 12, “The Intellectuals and Socialism”; y J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy*, New York, 1942, cap. 12, “Crumbling Walls”, parte II, “The Sociology of the Intellectuals”.

(19) El choque de valores en la determinación de la política pública puede observarse en muchas esferas de gobierno: v. gr., el debate acerca de la contaminación (determinar si el aumento de la

contaminación es un costo inevitable del desarrollo), la imposición tributaria (determinar si el aumento de la tributación destinado a proporcionar fondos para el área de bienestar social desalienta los incentivos e impide el desarrollo) y la implantación de la pena capital (determinar si la pena de muerte es un factor disuasivo eficaz contra el crimen). En muchas esferas económicas este choque es considerado como una colisión antagónica entre dos valores, la “eficiencia” y la “equidad”, en la que uno de ellos sólo puede alcanzarse a costa del otro. Véase, p. ej., E. K. Browning y W. R. Johnson, "The Trade-off Between Equality and Efficiency", *Journal of Political Economy* (abril 1984).

(20) Los trabajos clásicos son: R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, Londres, 1926, y M. Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, New York, 1958.

(21) La bibliografía sobre este tema es amplísima. Para un estudio exhaustivo y muy conocido, véase S. y B. Webb, *The Decay of Capitalist Civilization*, Londres, 1923.

(22) La obra que quizás ha ejercido más influencia sobre la ética del capitalismo es la de R. H. Tawney, *The Acquisitive Society*, New York, 1920.

(23) Para un brillante ataque contra el consumismo véase T. Scitovsky, *The Joyless Society. An Enquiry into Human Satisfaction and Consumer Dissatisfaction*, Oxford University Press, 1976. Gran parte de la literatura especializada sobre el tema se concentra en los efectos de la publicidad, en esas "formas ocultas de la persuasión" que inducen a la adquisición de artículos innecesarios o de inferior calidad, mientras pasa por alto el hecho de que la mayor parte de la publicidad sólo tiende a proporcionar información sobre la disponibilidad y el precio de los artículos de consumo común, y logra que los mercados sean más competitivos reduciendo los costos de la información.

(24) Véase R. H. Tawney, *Equality*, Londres, 1931, y *The Acquisitive Society*, op. cit.

(25) La literatura moderna sobre la alienación tiene su origen en el argumento marxista de que en la industria capitalista la satisfacción por el trabajo, que es necesaria para una sana supervivencia, disminuye debido a la creciente especialización, la disciplina, la monotonía y el anonimato del trabajo en la fábrica. Pero este argumento no tiene validez universal, ya que no se ha demostrado que el trabajo artesanal o agrícola sea menos alienante, o que el trabajo industrial resulte desagradable e insatisfactorio para todos o la mayor parte de los trabajadores.

(26) La refutación a esta crítica puede encontrarse a lo largo de todo este ensayo.

(27) Véase la nota 18. Véase también P. C. Roberts, "The Failure of the Intellectuals" en Will Capitalism Survive?, ed. E. W. Lefever, *Ethics and Public Policy Centre*, Georgetown University, Washington, 1978.

(28) Véase H. Schoek, *Envy a Theory of Social Behavior*, New York, 1969.

(29) Éste fue el argumento desarrollado por J. Stuart Mill en *The Principles of Political Economy*, Londres, 1949, libro V.

(30) Entre los principales beneficiarios del crecimiento del gobierno se encuentran los intelectuales, tanto por los empleos directos que consiguen como por los fondos que les otorga para el desarrollo de sus actividades. En las burocracias gubernamentales, los principales puestos, especialmente en los niveles más altos, son ocupados por calificados universitarios y académicos. Según el punto de vista de los gobiernos, la identificación y el estudio de los "problemas sociales", así como la búsqueda de medios para resolverlos, deben confiarse, en gran medida, a los intelectuales. Éstos son los "ingenieros sociales" de las sociedades modernas.

(31) Véase la nota 9.

(32) Para una crítica drástica del historicismo véase Isaiah Berlin, *Historical Inevitability*, Oxford University Press, 1959. Véase también K. Popper, *The Poverty of Historicism*, Londres, 1957.

(33) Resulta difícil tomar en serio los principios morales proclamados por los individuos, a menos que estén respaldados por sus actos. En caso contrario, podríamos desconfiar de su sinceridad, o pensar que toman la moralidad "a la ligera".

(34) ¿Aquellos que elogian el capitalismo son más objetivos que quienes lo critican? ¿Somos más objetivos cuando amamos o cuando odiamos? ¿La admiración nos hace más o menos objetivos que la envidia? Yo afirmaré, basándome en el sentido común y en razones históricas, que la combinación de motivaciones que estimulan el elogio al capitalismo es menos probable que dificulte nuestra capacidad de discernimiento que la combinación de motivaciones que estimulan la crítica. Las razones son complejas, pero incluyen el grado de interés personal, el nivel emocional, la brecha entre los principios y los actos de los protagonistas y su grado de conscientización de la complejidad de los procesos sociales.

(35) Una de las críticas más sorprendentes de la literatura anticapitalista es la que afirma que con el capitalismo los trabajadores han tenido más desventajas que beneficios. Esta crítica presenta varias facetas: descenso del nivel de vida de las clases trabajadoras y deterioro de su modo de vida; incremento de la explotación con la consiguiente alienación y los inevitables conflictos sociales, degradación social y aumento de la desigualdad y la pobreza. Resulta difícil tomar seriamente estas afirmaciones cuando se las confronta con la realidad histórica, la realidad de que las clases trabajadoras no sólo han mejorado su forma de vida sino que, por primera vez en la historia, participan, a veces de manera determinante, en la toma de decisiones en las esferas política e industrial. Las clases trabajadoras son, en términos relativos, las que más han ganado con el capitalismo industrial por lo que respecta al ingreso real, el status social y el poder político.

(36) ¿Pueden clasificarse los empleos de acuerdo con alguna escala de valor que no sea la que está determinada por el mercado? ¿Deben responder las recompensas al valor así como al mercado? Aun si aceptáramos este punto de vista, los problemas decisivos consisten en saber cómo se han de determinar los criterios de valor, y una vez establecidos, cómo se los ha de recompensar prescindiendo de las leyes del mercado. Con respecto a los juicios de valor, al igual que con los principios morales, las opiniones difieren, y es un problema político decidir lo que es

meritorio. Con respecto a las recompensas al mérito, los argumentos siempre terminan por apelar al dinero público.

(37) Mill, op. cit.

(38) Mill, op. cit.